



El Aula del Corazón

MERLY BETZABETH MOREIRA SANTILLAN



El sol entraba suavemente por las ventanas de un aula mágica, donde las paredes estaban llenas de colores y los rincones invitaban a la calma. Aquí, los pupitres no solo sostenían libros, sino también los sueños y las emociones de quienes se sentaban en ellos cada mañana.



La maestra entró con pasos ligeros y una sonrisa que iluminaba todo el salón, transmitiendo una paz inmediata a sus alumnos. Su mirada paciente recordaba a todos que en ese espacio no solo se venía a estudiar materias, sino a aprender a ser mejores seres humanos.



En sus asientos esperaban Freddy con su mirada tranquila, Janina siempre lista para preguntar, la dulce María, la imaginativa Merly y la pensativa Angie. Cada uno de ellos era una pieza única de un rompecabezas lleno de vida, diversidad y respeto mutuo.



Ese día, la docente propuso un reto especial: invitar a cada niño a mostrar su mundo interior a través de dibujos, palabras o gestos sinceros. El aire se llenó de entusiasmo mientras los lápices de colores y las ideas comenzaban a fluir libremente por toda la habitación.

overwhelmed, doubting
were important enough to share.
t, staring at his blank
fear of not doing as good as
paralyzed him.



Sin embargo, en un rincón, Leo se sentía pequeño y abrumado, dudando de si sus sentimientos eran lo suficientemente importantes para ser compartidos. Se quedó en silencio, mirando su hoja en blanco mientras el miedo a no hacerlo tan bien como los demás lo paralizaba.



Al notar su timidez, sus compañeros no lo dejaron solo, sino que se acercaron con la calidez de quienes cuidan un tesoro preciado. María le dedicó una palabra de aliento, recordándole con una caricia en el hombro que su voz también era necesaria y muy valiosa.

No right or wrong way to feel, each emotion is a truth of the own.



Merly le prestó sus pinceles para que dibujara lo que sentía, mientras Freddy lo escuchaba con una atención que no necesitaba palabras para ser reconfortante. Janina le explicó con dulzura que no existe una forma correcta o incorrecta de sentir, pues cada emoción es una verdad propia.



Angie, con su sabiduría silenciosa, compartió una reflexión que hizo que todos se detuvieran a pensar profundamente. Ella explicó que cuando aprendemos a entender nuestras propias emociones, también abrimos una puerta para comprender mejor a las personas que nos rodean.



La maestra asintió con orgullo, explicando que el aprendizaje más grande es reconocer que todos brillamos con una luz diferente pero igualmente hermosa. Animado por tanto cariño y comprensión, Leo finalmente tomó un color y dejó que su corazón hablara a través de un trazo valiente.



Al terminar el día, el aula vibraba con una energía de inclusión y amistad que superaba cualquier lección académica tradicional. Todos comprendieron que crecer juntos significa apoyarse en las debilidades y celebrar las fortalezas de cada compañero en este hermoso viaje del aprendizaje.